

PIEDAD Y RUINAS EN EL EXILIO INSULAR DE MARÍA ZAMBRANO

PIETY AND RUINS IN MARÍA ZAMBRANO'S ISLAND EXILE

Noelia Domínguez Romero

https://doi.org/10.26754/ojs_arif/a.rif.2026113249

RESUMEN

A partir de la década de los cuarenta, esto es, después del desastre y de los horrores de la guerra civil española, la filósofa María Zambrano supo gestar en América, en especial, en el seno de Cuba, una realidad otra, poética en su forma (prenatal, secreta y sagrada) e histórica en su entrañamiento, desde la cual gravitan dos conceptos decisivos: la piedad y las ruinas; una, imagen exacta de la virtud humana, otra, de la historia. Ambas instancias permitirán seguir desvelando la capacidad creadora de la persona y situarla en un estadio anterior al conocimiento discursivo, ese que condujo al antropocentrismo y al solipsismo de la época moderna en Occidente y que desembocará en la crisis espiritual y político-moral del mundo contemporáneo. A su vez, la piedad y las ruinas conllevarán una meditación detenida sobre el ser —en su *esencial heterogeneidad*, siguiendo la estela machadiana— y el tiempo —en su plástica multiplicidad— y su correspondiente y homónima huella: la nostalgia por la pérdida y la conciencia del devenir.

PALABRAS CLAVE: Piedad, ruinas, *poiesis*, isla, Zambrano.

ABSTRACT

From the 1940s onwards, that is, following the disaster and horrors of the Spanish Civil War, the philosopher María Zambrano managed to cultivate in the Americas, and particularly within Cuba, an alternative reality, poetic in form (prenatal, secret and sacred) and historical in its depth, from which two decisive concepts emerge: piety and ruins; one an exact image of human virtue, the other of history. Both instances will allow us to continue unveiling the creative capacity of the person and to situate her at a stage prior to discursive knowledge, that which led to the anthropocentrism and solipsism of the modern era in the West and which will culminate in the spiritual, political and moral crisis of the contemporary world. In turn, piety and ruins will

Recibido: 9/5/2026. Aceptado: 25/5/2026

Análisis. Revista de investigación filosófica, vol. 13, n.º 1 (2026): 65-83

ISSNe: 2386-8066

Copyright: Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo una licencia de uso y distribución "Creative Commons Reconocimiento No-Comercial Sin-Obra-Derivada 4.0 Internacional" (CC BY NC ND 4.0)

lead to a careful meditation on being – in its essential heterogeneity, following in Machado’s wake – and time – in its plastic multiplicity – and its corresponding and eponymous imprint: nostalgia for loss and the awareness of becoming.

KEYWORDS: Piety, ruins, *poiesis*, island, Zambrano.

PREÁMBULO

De acuerdo con la teórica Laura Llevadot (2015), María Zambrano se nos presenta no solo como filósofa *en* el exilio, sino como filósofa *del* exilio. Su condición efectiva de este acontecimiento histórico es inseparable del desarrollo de su vocación filosófica, hasta tal punto que se convierte en una de las categorías existenciales más importantes —si no la esencial— de su sincero proyecto vital. Desde sus primeros escritos hasta los últimos, la tragedia del desarraigo, de ese ser o estar “en ninguna parte” (Zambrano, 2014: 17)¹, va quedando plasmada en su dimensión textual, en el asentado y, a la vez, vertiginoso entramado de las palabras y las ideas. Así, junto a su firme compromiso con la razón filosófica que construye y con la historia española se descubre su entrega a la vida y a la intelectualidad europea y americana. Al mismo tiempo, su indetenible y multiforme búsqueda vital y metafísica, unida a la posibilidad real de crear espacios de existencia a través del lenguaje —puesto que, apuntará el poeta cubano y amigo José Lezama Lima (1971: 22), “el signo rubrica la posibilidad de la aparición”—, y que se muestra conjeturada con detenimiento y precisión en su exilio insular, seguirá recorriendo sus obras, calando sus días. No obstante, también conducirá, debido al peso de las circunstancias históricas y personales, a poner en duda, paradójicamente, el sortilegio de la búsqueda misma. Unos años después, de regreso en el continente europeo, en concreto, en *España, sueño y verdad*, se preguntará la autora:

¹ La expresión “en ninguna parte” referida aquí aparece en el libro de Zambrano *El exilio como patria*: “Mi vocación, mi educación, la infinita exigencia intelectual y moral que papá en un modo y mamá en otro, ejercieron sobre mí, todo, todo, lo que he comido, lo que he visto en nuestra España, todo, hasta los antepasados con su fuerza han hecho de mí un ser que no se adapta, que no puede adaptarse a lo que en América hay que ser... Mucho me temo que sea así en todo el mundo. La verdad, toda la verdad es esta que yo creí no tendría que decíroslo porque el decírla es cruel y más dramático que vivirla a diario: para mí no hay sitio en ninguna parte”. Concretamente, se trata de una carta escrita por la filósofa española en La Habana, fechada el 1 de enero de 1946.

¿Sucederá tal vez que lo humano no sea la mejor medida para lo humano?
 ¿No estamos frente a un conflicto, el más hondo de nuestra época humanista?
 Conciencia y piedad han venido disputándose el mundo del hombre. Nuestra historia de occidentales no es en sustancia otra cosa que el largo y angustioso padecer de ese conflicto, con sus raros instantes de armonía y concordia [...].
 ¿Podemos definirnos, como es el más obstinado intento moderno, solamente en relación con “lo humano”? (Zambrano, 2013: 688)

Teniendo presente la circulación en “*espiral* que parece dibujar su escritura”, como detalla Jesús Moreno Sanz (2013: 614), las cuestiones planteadas, nacidas de sus hondos sentires, si hallan sus simientes en los primerizos textos de los años treinta anteriores a la guerra, están interconectadas con las principales ideas que alumbran artículos de su etapa cubana (1940-1953), como son “Para una historia de la piedad” (1949) y “Una metáfora de la esperanza: las ruinas” (1951)². Igualmente, estos últimos, aunque concebidos en la isla tropical, dirigen la mirada hacia los problemas de España y de Europa, muestra de ese estar “entre dos mundos o entre dos Continentes” (Zambrano, 1951), entre tiempos y espacios conexos. Desde las Antillas el océano Atlántico, pese a su indomable extensión, se empequeñece y da paso a un sempiterno hilo invisible que mantendrá a Zambrano apegada a lo propio, así como a lo desconocido, magnetismo de sus más altivas aspiraciones filosóficas y existenciales.

EXILIO Y PIEDAD

En primer lugar, en lo que concierne a la noción de piedad, aunque ha sido un tema rigurosamente analizado por la investigadora Mercedes Gómez Blesa en su excelente monografía *La razón mediadora. Filosofía y piedad en María Zambrano* (2008) y por otras y otros especialistas de su obra, se trae a colación aquí por ser uno de los ejes fundamentales en la metamorfosis de su razón filosófica, en el alumbramiento de un pensamiento mitopoiético, narrativo, centro de una ontología hiperproblematizada, que encuentra en el exilio cubano su máxima inspiración y libertad para ser. La pensadora veleña había ya comenzado en 1946 un proyecto de libro sobre este concepto, en un sentido homenaje a su madre y su hermana, que nunca verá la luz, pero sí empezará a dar pronto sus frutos. Deteniéndonos en la correspondencia familiar, leemos:

² Este segundo dará paso a un escrito publicado en Puerto Rico, titulado “Las ruinas”, en la célebre revista *Asomante*, San Juan de Puerto Rico, n.º 1, enero-marzo de 1953, pp. 8-14.

Ahora quiero terminar una Historia de la Piedad por la que me van a dar mil pesos argentinos, un libro para una editorial modesta, pero que me gusta hacer y que pienso mucho en ti, mamá, cuando lo escribo. Hoy después de todo este tiempo lo he sacado y he vuelto a escribir... Y nada más. (Zambrano, 1946)

Sobre este texto fallido mantendrá Zambrano un intenso diálogo con su amigo el escritor gallego Rafael Dieste desde 1945 a 1947³. En concreto, en la última de esas cartas remitidas, la filósofa, además de expresarle su idea de piedad, le muestra su intención de proseguir con la publicación:

¿Sigue interesándote el librito para la colección Atlántida, Historia de la Piedad? Está casi terminado, fue uno de los pocos trabajos de telar que me traje, pues vine en avión. Siempre he temido que no fuera lo que esa colección requiere y ahora me hace tantísima falta el dinero que si sigue interesando lo acabaría y enviaría por avión, sobre todo si crees que fuera fácil el que lo pagaran enseguida; estoy realmente apurada. Contéstame pues con lo que creas o si piensas que otro tema sería más apropiado. Concibo la piedad como la forma genérica de relación con la realidad, con lo cualitativo, con lo irreductible a razón. [...]. Es el cauce de un gran libro que quizá un día escriba. (Zambrano: 1947)

Sin embargo, el escrito, aunque concluido durante este año 1947, no llegará a publicarse. Será en el ensayo citado “Para una historia de la piedad”, surgido a raíz de una conferencia impartida en 1948 en el Lyceum Lawn Tennis Club de La Habana⁴, donde se aproxime más cercanamente a la palabra en cuestión. En él afirma que la piedad “se nos aparece como la matriz originaria de la vida del sentir” (Zambrano, 1996: 126), como “el sentimiento inicial, el más amplio y hondo; algo así como la patria de todos los demás” (*id.* 124). E insiste en que es justamente por ello, por tratarse de un sentimiento, que resulta difícil de conceptualizar. No obstante, con él revela, con marcado carácter socrático, que la persona se acerca a la realidad a través de una profunda efusión, la cual pertenece a toda vida humana y acaba definiendo su discurrir. Es a través del sentir, y no de

³ Las cartas enviadas por María Zambrano pueden encontrarse en la *Revista Gallega de Literatura*, Universidad de Santiago de Compostela, núm. 5, mayo de 1991, pp. 97-103, y núm. 6, noviembre de 1991, pp. 115-123. Y, por su parte, las escritas por Rafael Dieste pueden consultarse en el libro *Testimonios y Homenajes*, Barcelona, Laia, 1983, pp. 60-70.

⁴ En 1948 impartió en el citado y reconocido club cubano un curso breve titulado “Razón y Piedad”, el cual compaginó con otro que tuvo lugar en el Ateneo de La Habana sobre San Juan de la Cruz y la mística española. Véase el siguiente manuscrito: M-315: “Programas”. 1948. Archivo de la Fundación María Zambrano.

la razón, que la persona y el mundo se revelan y conviven. La piedad, así pues, la siente un sujeto, mas, ¿en qué consiste esta originaria emoción?

La Piedad no puede definirse adecuadamente, menos que ningún otro sentimiento porque constituye el género supremo de una clase de ellos: de los sentimientos amorosos o positivos. No es el amor propiamente dicho en ninguna de sus formas y acepciones; no es tampoco la caridad, forma determinada de la piedad descubierta por el Cristianismo; no es siquiera la compasión, pasión más genérica y difusa. Viene a ser la prehistoria de todos los sentimientos positivos. Y, sin embargo, les acompaña en su historia y aun llega a tenerla ella misma. (*Id.* 125)

Responde, primero, al modo de los teólogos antiguos, como Plotino, es decir, por la vía negativa, para enunciar después que la piedad es, en esencia, y alejándose del concepto de filantropía heredado de la Ilustración y sí aproximándose a su idea de democracia, un “saber tratar con lo diferente, con lo que es radicalmente otro que nosotros” (*id.* 127)⁵, y, finalmente, culminar descubriendo que la “piedad es saber tratar con el misterio” (*id.* 129); es “abismo que sostiene, agua que conduce” (Zambrano, 1968: 213). Con esta constatación o saber de experiencia, con esta profunda pasión sacrificial que bien conoce, también su hermana —y con ellas Antígona, símbolo de la España perdida, la que pudo ser y se truncó, símbolo de la guerra y del exilio, símbolo de la “conciencia inocente que vigila movida por la piedad” (Zambrano, 2011: 272)—, y desde el conocimiento poético que Cuba y las amigas y los amigos poetas y artistas isleños le brindan, la filósofa entrevé y se adentra en lo numinoso, en la absoluta otredad constituyente y que, como sostuvo Rudolf Otto en *Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea de Dios* (1917), es un *mysterium tremendum*. Tremendo y fascinante. Atrayente y repelente. La isla antillana, tal y como señaló el poeta, escritor y pintor surrealista español, también exiliado, Eugenio F. Granell (1951: 20), “hace vibrar el ansia impulsiva y da confianza al que quiere saltar hacia el abismo que eleva a las más altas cimas. Clavija que atempera la cuerda del sonido poético. La tierra se estremece en la isla con la trepidación de sus vísceras”.

Es el estar ante la totalidad ilimitada, que excede y sobrepasa el pensar y el sentir humanos, lo que le lleva a vivirse por dentro, a ser búsqueda de sí y para

⁵ En el esquema conservado sobre el proyecto “Filosofía y Cristianismo”, con fecha 28 de marzo de 1950, la filósofa dedica un espacio a la piedad en el sentido expresado, como forma primera de contacto con la realidad. Se halla en la Carpeta M-332: “Carpeta con apuntes de cursos y seminarios” (1942-1947). Archivo de la Fundación María Zambrano.

sí. ¿Y de qué modo o a través de qué canal se llega a ese fondo secreto de la vida? El texto “Para una historia de la piedad” logra expresar que es posible tener una vivencia de lo ignoto gracias a la comunión entre la palabra poética y el pensamiento órfico-pitagórico. Eso que aparece, en principio, cerrado, hermético, sin descifrar, lo *sagrado*, dirá pronto Zambrano en *El hombre y lo divino* —obra nuclear que dará forma a muchas de las inquietudes latentes en el Caribe y, especialmente, a las surgidas de la investigación que viene preparando desde 1943 en torno al tema “Filosofía y Cristianismo”—, es una absolutización de la realidad, desbordante, pero necesaria, sin la cual la persona libre y buscadora de sentido no atisbaría el abismo de su propia existencia, tampoco el deseo de desvelarlo, o, más importante aún, de crearlo. No solo le está oculto el mundo exterior, también su propio interior:

La forma primaria en que la realidad se presenta al hombre es la de una completa ocultación, ocultación radical; pues la primera realidad que al hombre se le oculta es él mismo. El hombre —ser escondido— anhela salir de sí y lo teme, aunque la realidad toda no envolviera ningún alguien, nadie que pudiese mirarlo, él proyectaría esta mirada; la mirada de que él está dotado y que apenas puede ejercitar. Y así, él mismo, que no puede aún mirarse, se mira desde lo que le rodea. Y todo, los árboles y las piedras, le mira y, sobre todo, aquello que está en su cabeza y permanece fijo sobre sus pasos, como una bóveda de la que no puede escapar: el firmamento y sus huéspedes resplandecientes. (Zambrano, 2005: 31-32)

El origen de la razón poética está en este sentir la piedad, sostenedor del difícil deambular de María Zambrano en el exilio. Con él se hace patente la necesidad de adentramiento en otros saberes, imprescindibles e inevitables, más recónditos, y, por ello, menos claros y distintos que los que la modernidad occidental venía prometiendo.

Es a través de esta *emoción* que la pensadora comienza a percibir el sentido primero de la realidad y, al mismo tiempo, a asentar los principios fundamentales de su pensamiento filosófico sobre el “fondo último y abismal de la realidad inagotable”, como una mística filosófica, o una raciopoética teológica.

¿No habrá cosas y relaciones tan sutiles, ocultas e indiscernibles que sólo por el presentimiento o la intuición sean captables? ¿Se podrá prescindir de la inspiración? En suma, digamos ya la palabra temible que hemos estado celando hasta ahora. ¿No habrá siempre, más que ordenando, sustentando a todo lo claro y visible, a lo que se puede enumerar, un cimiento de misterio? Fondo último y abismal de la realidad inagotable que el hombre siente en sí mismo, llenándole en los momentos felices y en los de sufrimiento; dicha y padecer, se nos aparecen

infinitos. Y en ellos es cuando sentimos que la realidad no sólo nos toca, sino nos absorbe, nos inunda. (Zambrano, 1996: 129)

La Piedad, con mayúsculas, si en lucha constante con un contexto histórico problemático —el español y el europeo—, no se desprende de la idea de esta oscura raíz de donde todo brota —lo sagrado, que es la verdadera realidad para la filósofa— y que certifica la posibilidad o el horizonte del conocimiento humano. Igual sucede en el decir de su compañero origenista Lezama Lima reflexionando sobre la idea de la imagen histórica: “El imposible al actuar sobre lo posible crea un posible actuando en la infinitud. Todo lo que el hombre hace es un enigma, pero tiene el vislumbre de que ese enigma posee un sentido” (1971: 62). El misterio, para la intelectual andaluza, existe como lo no revelado, como lo no dado, es, aunque inalcanzable a la luz de una razón cartesiana solo abordable desde la conciencia; en su parecer, no es totalmente inexplicable. A este respecto, y deteniéndonos en la visión que propone Ana Bundgård: “no se puede definir conceptualmente pero sí es abordable y comprensible mediante un conocimiento poético, que, enlazando imaginación y sentimiento íntimo, se aleje de los derroteros seguidos por la razón discursiva” (2000: 386), y —podría añadirse— se acerque, así, a una filosofía creadora y poetizante que tiene su fundamento mismo en el impulso vital, en lo que ha denominado la propia Zambrano como “razón germinativa” (1998: 79), exactamente en su libro de 1937 *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*.

De esta manera, en este viaje en descenso hacia el infierno que es en sí el exilio, y, en especial, en esta isla-catacumba o cueva-corazón que es Cuba, que es refugio político y espacio de escritura presente, que es secreta y reveladora a la vez, nace la aspiración por unir la piedad con la razón y la sinrazón, la piedad con el tiempo, la piedad con el amor. Es un intimar con lo marginal, con aquello a lo que el pensamiento racionalista renuncia y las entrañas acogen. Y esto que se le exige a la persona, en su humilde vida diaria, ha de hacer la historia trascendente que la intelectual sueña y realiza desde sí.

La historia para ser completa, total y verdaderamente humana, habrá de descender hasta los lugares más secretos del ser, hasta eso que nuestro idioma con tanta belleza denomina “las entrañas”. Las entrañas son lo menos visible, no sólo por no serlo, sino por resistirse a serlo. Y las entrañas son la sede de los sentimientos. Pero los sentimientos, es un término tan amplio que conviene detenerse un tanto en él porque dentro de su campo se encuentra ese del que vamos a ofrecer su breve historia: la Piedad. (1996: 123)

Al unísono de esos lugares secretos/poéticos de la conciencia humana transitados por sus amigos origenistas, descenderá Zambrano hacia lo no tocado por la política y la economía: sus entrañas, centro de sus sentimientos; y en esta línea coincidió con dos autores alemanes de la época: el ya nombrado teólogo Rudolf Otto y el filósofo de tinte existencialista Paul-Louis Landsberg a quien leyó en la *Revista de Occidente* en la década de los años treinta en Madrid. Esa búsqueda de otro saber, el poético, capaz de entrar en el interior de la persona y de la realidad y desvelador de ese misterio hacedor de todo, incluida la filosofía, se va desplegando por la totalidad de la obra *El hombre y lo divino*, subrayando no solo sus puntos comunes, sino descubriendo su estrecha e indisociable unidad.

Y así la poesía es el saber primero que nace de este piadoso saber inspirado. Conservará siempre la huella de su origen inspirado, de algo que llega desde otro lugar, que llega y huye, claridad que cuando se presenta recuerda lo que no sabía, inesperada memoria repentina que por un instante libra al hombre de ese sentir que no se acuerda de algo que es lo que más le importa.

Poesía es creación, la creación primera humana, y es palabra inspirada, recibida, pasiva todavía. [...] (Zambrano, 2005: 210-211)

La poesía como “saber primero” (a semejanza de la *proté philosophia*), nacido de la “palabra inspirada”, del misterio arcano donde brota la piedad sabia, o sea, aquella sabiduría piadosa que el clásico nos recuerda, de que no se puede ser sabio sin ser piadoso⁶. Junto a los descubrimientos que los poetas cubanos le iban desvelando, por este periodo las palabras de Claudel y de St. John Perse alegraban sus días en La Habana, gracias a los libros que generosamente recopilaba y le traía de sus viajes por Estados Unidos y Europa su querida amiga Josefina Tarafa, “Fifi”; también los pensamientos de Bergson la acompañaban en la cálida soledad de esta isla luminosa, y el pensador Scheler, a quien nombraba en sus clases en la Universidad de La Habana y en sus muchas conversaciones con sus amistades en Cuba y en la vecina Puerto Rico, mayormente, al referirse a su sagaz crítica a la razón instrumental y absolutista que había sacudido el destino europeo.

⁶ Es el final de la *Scienza nuova* (1744) del filósofo napolitano Giambattista Vico, defensor de la “Sapienza poetica” (libro II de la *Scienza nuova*), quien finaliza esta obra de manera senequista alegando que “esta Ciencia lleva indivisiblemente al estudio de la piedad, y que, si no se es pío, no se puede de verdad ser sabio” (§ 1.112; *Ciencia nueva*, introd. y trad. de R. de la Villa, Madrid, Tecnos, 1995, p. 529).

Poco a poco va emergiendo una breve historia de la piedad que, además de ser el foco fundamental de un escrito anterior, “Delirio de Antígona” (1948), será el “núcleo temático” (Gómez Blesa, 2005: 6) del mencionado libro *El hombre y lo divino*, así como de otros dos textos posteriores: “Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe” (1954) y “Un descenso a los infiernos” (1964). En particular, en su ensayo de 1955 y, específicamente, en la Segunda Parte, “El trato con lo divino: la piedad”, concede un espacio importante a este sentimiento naciente y primordial y a su proceso histórico. Es desde ahí desde donde establece su crítica, ni secundaria ni relativa, sino radical, al racionalismo europeo —ampliamente desarrollado en *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939)—, a su saber absoluto, a su razón que, en tanto totalizante, se vuelve devastadora, a excepción de aquello que quedaba fuera: la realidad enigmática, abierta a ser interpretada por otro modo de ver y de pensar, conformación de una nueva sensibilidad. Al quedar reducido el conocimiento únicamente a razón, se suprimió la conciencia del contacto primero con la realidad y las cosas.

En la Cuba que la pensadora experimenta, a la que se arrima y de la que extrae su más rica savia, esa formada por los poetas, los artistas y sus compañeros pensadores, una razón distinta irradia, de modo que, y queriendo llevar a cabo una verdadera vida en libertad, la piedad no podía quedar oculta, sepultada bajo el olvido, y sí rescatada y desentrañada. Tampoco permanecer separada de la nostalgia de ese tiempo glorioso, lejano, ancestral, paraíso que la Isla —sus espacios y sus gentes— restituye. Esencial resulta, en este sentido, otro texto de este periodo, “Lydia Cabrera: poeta de la metamorfosis”, también de 1949, dedicado a su amiga etnóloga y poeta cubana⁷. En él se rememora un lugar donde los seres y las cosas están aún a salvo de toda definición, exaltación, tal vez, de ese mundo mágico-poético —africano caribeño— que la escritora e investigadora habanera da a conocer y que tan estrecho vínculo guarda con la hechizante pintura de su compatriota Wifredo Lam:

Pero algunos hombres no se sometieron a esa determinación en que todo quedaba ordenado; guardaban memoria, azuzada por la nostalgia del tiempo perdido, en que las cosas danzaban en libertad y una piedad sin límites las ganaba al contemplarlas mudas, sometidas como esclavos a quienes está vedado dejar salir de su

⁷ Para profundizar en esta relación intelectual, puede consultarse el siguiente estudio: Cámara Betancourt, M. (2014): “Sororidades habaneras entre María Zambrano y Lydia Cabrera”, en D. Puñales (ed.), *El Atlántico como frontera. Mediaciones culturales entre Cuba y España*, Madrid: Verbum, pp. 152-165.

interior la voz de la alegría, obligados a mostrar su ser solamente bajo un rostro, el de la servidumbre. (Zambrano, 1996: 130-131)

La intelectualidad cubana de la época, y, primordialmente, Orígenes, parecía encontrarse lejos del drama de la cultura europea moderna. Frente a la Cuba política y al fracaso de su república —como estudian Ana Serra, por un lado, y Madeleine Permy Leiva, por otro⁸—, en la libre y liberadora isla tropical que el arte, la literatura y el pensamiento ayudaban a construir no había indicios de ese hiato, esa separación o fisura. Tal es así que, unidas razón y vida, la poesía aparece como tercer eslabón o elemento inexcusable de enlace, capaz de elevar el alma humana hacia otros sentidos y sentires y de ayudar a crear una tradición poética propia, nacida desde su universal insularidad, y en continuidad y discontinuidad con el canon literario nacional dominante.

La poesía, lo que ya se puede llamar con evidencia los poetas de la generación de *Espuela de plata*, querían hacer tradición, reemplazándola, donde no existía [...] Querían que la poesía que se elaboraba fuera una seguridad para los venideros. Si no había tradición entre nosotros, lo mejor era que la poesía ocupara ese sitio, y así habría la posibilidad de que en lo sucesivo mostráramos un estilo de vida. (Lezama Lima, 1945: 52)

José Lezama Lima y el revolucionario grupo que encabezó, desde la inmersión creadora de la palabra y la reinención de la imagen, lo consiguieron, y con ellos Zambrano. Mas la Poesía, aunque hacedora de una realidad nueva, desafiante en lo conceptual, remite a una memoria ancestral, desaparecida; de nuevo, la presencia de la unidad perdida, que lleva a peregrinar en busca de lo ausente. Es ese hueco del pasado el que conduce hacia la representación, hacia la creación de mitos, hacia la necesidad de pensar y escribir fabulando. Pronto las resonancias origenistas empezarán a convivir en Zambrano con la razón vital de Ortega y el pensamiento trágico unamuniano⁹, y todo ello remasterizado con la “potencia fabulatriz” de Bergson, con ese necesario deseo de fabulación que “proviene,

⁸ Véanse: Serra, A. (2016): “La extraña familia: intelectuales españoles exiliados en Cuba (1936-1943)”, en D. Puñales (ed.), *El Atlántico como frontera. Mediaciones culturales entre Cuba y España*, Madrid: Verbum, p. 51, y Permy Leiva, M. (2010): *La cosmovisión de María Zambrano desde un enfoque filosófico integrador y cultural*, Madrid: Verbum, p. 27.

⁹ Pensando en sus maestros Ortega y Unamuno, Zambrano se detendrá en la vocación de filósofo en la España de principios del siglo XX, subrayando el encuentro con lo que denomina la primera conciencia: la conciencia poético-trágica. En *España, sueño y verdad* lo aclara.

sin duda, de este pasado puro, que permanece vacío, que no puede llenarse con recuerdo alguno, punto de partida de la nostalgia” (Zambrano, 2005: 307).

No solo existe la ausencia de ese mundo mejor, sino la presencia de ese tiempo otro a través del recuerdo, a través de la nostalgia. En este mismo contexto geopolítico, cultural y artístico, y en ese esfuerzo por descifrar la esencia poética desde el espacio y el tiempo de la vida, declara el poeta y crítico literario cubano Cintio Vitier que el mero hecho de *haber vivido* “adquiere signo de inspiración y resistencia cuando el misterio de la memoria, que no es sólo el oficio de recordar, se ha consumado” (1961: 5).

Según esta perspectiva, solo desde esa desnudez desconcertante, e ineludible, puede constituirse la intimidad, o nuestras *ideas y creencias*, siguiendo a Ortega. Mas, para atisbar ese fondo íntimo, hay que participar del sueño, entrar en los “hontanares mismos del sueño; ver cómo nos queda cuando ya no nos queda nada” (Zambrano, 2008: 103).

LAS RUINAS ZAMBRANIANAS: ENTRE LA *POIESIS* Y LA HISTORIA

¿Qué mejor metáfora para explicar este sentimiento de piedad, que aviva el corazón en el largo, punzante y doloroso exilio, que la ruina? Las ruinas, también en una doble dimensión, “nos darían el punto de identidad entre el vivir personal —entre la personal historia— y la historia” (Zambrano, 2005: 251). En un primer término, y con un planteamiento cercano a las ideas del filósofo alemán Georg Simmel en su célebre ensayo *Las ruinas* (1911), diríase que son lo que ha quedado de lo que una vez fue una edificación —un templo o un hogar, ambos lugares de lo sagrado—, que ha surgido para salvar la carencia con la que nacemos. La arquitectura es inherente a la historia humana, pues “tiene de común con el hombre de todos los tiempos la necesidad de hacerse su casa, de crearse su propio medio... Ha brotado la existencia revolucionaria de un mundo, de una ciudad ideal siempre allá en el horizonte. Es su ansia histórica” (Zambrano, 2000: 80). Las ruinas son el resto de un naufragio que sobrevive al tiempo y a la destrucción; son el aviso de la finitud, pero también lo que aguarda más allá de los límites naturales e históricos. Son, además, para Zambrano, el fondo oscuro de su memoria, lo que ha permanecido en ella de pasado, lo que se resiste a desvanecerse, prueba de que aún vive. Esta razón exiliada tiene en el recuerdo, en la memoria, su verdadero poso; reminiscencia que, en sentido proustiano, diríamos, lleva a proyectar en el papel una actitud idealista de lo acacido; eso sí, idealismo, si en parte altruista, tremendamente comprometido con los hechos de la realidad. Y esta sencilla, pero

sutil, verificación la tuvo la pensadora en este ocaso de la década de los cuarenta, cuando viajó desde La Habana a Italia por vez primera y contempló el Foro romano del Palatino. Esta marcada experiencia, que al poco tiempo se traería consigo en su vuelta a América, se unirá a esta otra visión onírica o revelación poética de Cuba, sentida y pensada como catacumba y cavidad maternal, “patria prenatal”. En sus propias palabras:

¿Qué son las ruinas? Algo venido a menos, desde luego, algo derribado. Mas todo derribo no es una ruina. [...]

¿Por qué? Las ruinas son una categoría de la historia y hacen alusión a algo muy íntimo de nuestra vida. (Zambrano, 1996: 138)

A través de esta realidad, sometida al transcurrir del tiempo y, análogamente, a una infinitud o eternidad que lo sobrepasa —imagen proyectada, fundamentalmente, por la ruina clásica desde una mirada romántica que Zambrano comparte—, se redime la unión de historia y vida. Cuando en 1951 presentó ante el Lyceum la conferencia “Una metáfora de la esperanza: la ruina”, estudio que empezó a escribir unos años antes en París y que dio por finalizado en tierra caribeña, los asistentes encontraron que la filósofa iba más allá de la condición física de las ruinas atribuyéndoles un sentido interno y figurado. Sobre la misma, en una reseña aparecida en el periódico habanero *Información*, en su apartado “Vida cultural y artística”, el escritor español Rafael Marquina, expatriado en Cuba, subrayó con entusiasmo:

En un juego de equívocos y de insinuaciones, latentes en su enigma, el tema diversificaba los supuestos y las sugerencias. Pronto gran parte del numerosísimo auditorio que acudió a escuchar la anunciada conferencia, en el salón del Lyceum, se percató de que “la ruina” no era “las ruinas” que se habían figurado. Con un prestigio de milenio histórico la ruina a que se refería María Zambrano era propiamente, como la definió ella, una “categoría vital” en pura metafísica y con gravitante histórica alzada en la preocupación filosófica como una metáfora. La ruina, propiamente dicha, obra del tiempo y poblada de ausencia. De una ausencia que es en ella la presencia de lo permanente. (1951: 12)

¿Hacia dónde conducen estas arcaicas y, en paralelo, visionarias ruinas zambranianas, categoría de la historia y, a la vez, de la vida íntima de la persona? ¿Qué tienen de especial, pese a que son perdición inexistente en este su soleado y abierto trópico? Primeramente, ser forma o revelación de su alentadora esperanza, “esperanza motora de la historia” (Zambrano, 1996: 139), del humano corazón que la hace posible. Y si, en ocasiones, la suya se torna frustrada, no

resulta, sin embargo, errada en su totalidad, porque exige su forzado exilio, su trágico sobrevivir lejos de su lugar de nacimiento y origen.

Es en las ruinas interiores donde *se aprisiona* esta esperanza; “cuando estuvo intacto lo que ahora vemos deshecho quizás no era tan presente; no había alcanzado con su presencia lo que logra con su ausencia” (*ibid.*). Mas acontecen en ellas dos tipos de ausencia: la primera es la ausencia de lo que no está presente, pero que puede llegar a estarlo. Es un vacío que se transforma en espacio habitable, contenedor de vida, y es ahí donde se sienten “las diversas vestiduras temporales” (Zambrano, 2011: 129) o la multiplicidad de los tiempos. Por este hallazgo, Cuba, presencia “ahora y aquí” —declaración que se manifestará en ese persistente “Adsum” que recorre el inicio y el final de su *Delirio y destino*—, se entreteje con el tiempo de su niñez y juventud, esto es, se torna —rescatando la visión del teórico y arquitecto contemporáneo finlandés Juhani Pallasmaa acerca del modo en que habitamos el espacio y los lugares— “extensión de *los* recuerdos y, en cierta medida, de *la* imaginación”¹⁰—; la corpórea y secreta Isla se va fusionando con su recordada y llorada tierra y con la soñada, la España heterodoxa de la República. Y junto a esta visión —poética— la otra ausencia permanente en las ruinas: ausencia que nunca se hará presencia porque nunca se hizo presente; evocación, por tanto, del misterio o espacio fenomenológico de lo sagrado. En clara conexión con la mística española y, en especial, con San Juan de la Cruz, la intelectual malagueña se preguntará si es esta ausencia pura “signo inequívoco de que algo haya alcanzado categoría de ‘ruina’” (Zambrano, 1996: 139), la que está verdaderamente en contacto con lo divino —manifestación de lo sagrado—. Nuevamente, estableciendo puntos de relación entre sus textos, se ha de volver a su libro *El hombre y lo divino*, al capítulo dedicado a los procesos de divinización de la cultura occidental, puesto que en este pasaje expresa su gran fascinación por las ruinas. En ellas parece atisbarse también un secreto, consecuencia de una vida trágica,

de la tragedia que es vivir humanamente y de aquello que alienta en su fondo; de algún ensueño de libertad aprisionado en la conciencia y que, sólo ante la contemplación de algo que objetivamente lo representa, se atreve a aflorar, de un ensueño, necesitado como todos los que se refieren a nuestro secreto —a nuestro humano secreto— de la catarsis de la contemplación. (Zambrano, 2005: 251)

¹⁰ Fragmento de una entrevista realizada en *El Cultural*, por Inmaculada Maluenda y Enrique Encabo, el 23 de marzo de 2020, s/p. Véase: <https://elcultural.com/juhani-pallasmaa-solo-desde-el-arraigo-podemos-ser-creativos>

A este mismo secreto alude el crítico de arte y artista visual español Daniel Canogar cuando describe el enfoque que sobre las ruinas tuvo el romanticismo europeo. En particular, en su escrito “El placer de la ruina” (2006) dirá: “La estética ruinoso de lo sublime busca despertar al ser de su letargo, para hacerle sentir sensaciones profundas y conmovedoras que exploren los rincones más secretos del espíritu” (Canogar, 2007: 30). Es ahí donde irradia en gran parte su atractivo, así como en el hecho —matizará la filósofa— de que “producen una fascinación derivada de ser algo raro: una tragedia, mas sin autor. Una tragedia cuyo autor es simplemente el tiempo” (2005: 251). Su contemplación deja visible este horizonte: la presencia del propio pasar, ese es su mayor embrujo; tránsito que no deja indiferente tampoco a las cosas:

Es el raro privilegio de que gozan y que es causa de su fascinación. También las cosas gastadas muestran el paso del tiempo y en el caso de un objeto usado por el hombre algo más: la huella, siempre misteriosa, de una vida humana grabada en su materia. Un cepillo usado, un zapato viejo, un traje raído, casi llegan a alcanzar la categoría de ruina. Porque ruina es solamente la traza de algo humano vencido y luego vencedor del paso del tiempo. (*Id.* 253)

Con este hechizo causado por las ruinas de la modernidad, en su acepción más clásica —y no en esa otra actual, que ve en las ruinas más cercanas y presentes el recordatorio de los genocidios y el trauma histórico—, surge la nostalgia hacia ellas, puesto que hacen sentir, como afirmará el filólogo alemán Andreas Huyssen, “una promesa que se ha desvanecido en nuestra época: la promesa de un futuro diferente” (2011: 48).

Al tiempo de la ruina física, lineal e irreversible, se sumará ese otro tiempo abierto, articulado y plural, lugar de la interioridad, y multiforme y creador, de marcada huella bergsoniana:

El filósofo Bergson ha realizado de manera magistral la crítica de esta idea del suceder temporal concebido a la manera lineal de puntos que pasan los unos tras los otros y que se van consumiendo según pasan. El tiempo, según Bergson, es un crecimiento multiforme en que, cada instante penetra y es penetrado por los demás; el tiempo en vez de destruir, crea. (Zambrano, 1996: 125)

La ruina como representación, fundada en la intuición, esto es, en el intento de trascender los límites característicos del pensamiento racional, permite que el sujeto humano, además de quedar comprendido en su libertad, halle en ella una complicidad, una verdad compartida. Se produce una catarsis purificadora y redentora, una transformación interior, en esta experiencia exilar, que no hace

sino trascender la vida de la persona. Tras sobrevivir “a la destrucción de todo en su vida” (Zambrano, 2005: 251), la persona “deja entrever que, de su propia vida, un sentido superior a los hechos les hace cobrar significación y conformarse en una imagen” (*ibid.*), en una conciencia libre y superadora de las traumáticas circunstancias históricas.

En este sentido, es importante destacar la acción misma de este conocimiento poético viviente —que participa de las cualidades propias de la poesía y las artes y que la filósofa española proclama y reivindica en su escritura— cuyo *leitmotiv* bien podría ser: aunque podamos dotar las vivencias de conceptos, siempre habrá un fondo insalvable. Se trata de dotar al *yo* de una mirada alejada de las ideas absolutas que intentaba proporcionar la razón moderna. En su lugar, la intuición debe ser el hilo que ayude a descubrir lo que permanece oculto en el alma y en el mundo, ofreciendo, así, la posibilidad de encuentro con la trascendencia, trascendencia que en Cuba se revelará profundamente *poiética*, y no, por ello, menos verdadera y real, bien desde el propio espacio habitado, pues como intelectual piensa y escribe desde un lugar particular, bien desde el ánimo transformadora de todas esas voces insulares que la acompañan y con quienes se aferra a la vida, al pensamiento y a la belleza.

Según la terminología difundida por la filosofía bergsoniana, de enorme influencia a principios del siglo XX en Europa y América, y atendiendo a la reforma del entendimiento desde el vitalismo, el tiempo pasó de ser objetivo a ser subjetivo. La intuición, sin prescindir del lenguaje, se elevó por encima del concepto y descubrió en el fondo humano su movilidad esencial. En 1917, el entonces miembro de la distinguida y renovadora Escuela de Madrid y profesor de una jovencísima María Zambrano en la Universidad Central antes del estallido de la guerra civil, el pensador kantiano español Manuel García Morente, sugirió en un exhaustivo estudio dedicado al filósofo francés, que su cosmovisión teórica presenta “ese difuso y confuso anhelo de espiritualidad que caracteriza el ocaso del siglo XIX” (2010: 27).

Por una parte, detiene la creencia positiva, limita el intelecto en sus pretensiones de absoluto dominio; por otra parte, descubre y utiliza una nueva actividad psíquica, la intuición, para restaurar sobre nuevas bases y con sentido original la venerable labor de la metafísica. (*Ibid.*)

Ya anteriormente las filosofías románticas de Hegel, Schelling y Fichte supusieron la afirmación del sentir sobre el pensar; un duro golpe para las teorías sobre el espíritu fundamentadas durante los siglos XVII y XVIII, una vez más

un rechazo al método cartesiano de pensamiento. Las vanguardias artísticas y literarias, tanto a una orilla como a otra del Atlántico, contribuyeron, igualmente, a ese cambio: el cubismo exaltó la belleza de lo primitivo; el surrealismo adoró lo mágico y real de los sueños; el dadaísmo se rebeló contra la lógica del lenguaje, descubriendo en el caos y el absurdo la verdadera realidad del universo. De otro lado, los estudios freudianos y su indagación en los misterios del subconsciente ayudaron a estas corrientes a rechazar la objetividad y a abogar por lo inexplorado del sujeto, por lo desconocido maravilloso que se oculta en la interioridad humana, a levantar las capas para dejar ver lo que hay más allá de la conciencia, más allá del caparazón intelectual que nos envuelve.

A MODO DE CIERRE

Frente al discurso racional y mecanicista propio de la modernidad y a las diversas teorías positivistas que surgen y se extienden por Europa desde la segunda mitad del siglo XIX hasta su presente, respondiendo a ello, Zambrano, sin desligarse jamás del cuerpo y sus sentidos y ayudada por la razón poética —que mana a partes iguales de un pensamiento sentiente (ecos zubirianos) y de una creatividad pensante (trazos orteguianos, bergsonianos y bachelardianos), sintetizadas ambas, *poiesis* filosófica o filosofía poética, en la influencia origenista, sobre todo lezamiana, y *plástica* pictórica—, se esfuerza con ímpetu en su estancia cubana en perseguir las sombras —“sombra que todo lo existente arroja” (Zambrano, 1945: 17)¹¹—, es decir, aquello que subsiste oculto fuera y dentro de las abismadas entrañas. Tanto la piedad como las ruinas, términos (o, más bien, sentimientos-realidades) semánticamente interconectados entre sí, aparecen en estos escritos de los años cuarenta y principios de los cincuenta en respuesta a un fin que se vuelve verdadera vocación de vida: la búsqueda del sentir originario e *iluminante*, raíz y fruto de su pensamiento filosófico, claramente definido en la primera edición de *El hombre y lo divino* y en *Notas de un método*. Sentir este estrechamente enlazado con la concepción agustiniana de las emociones y su teoría del conocimiento, y también sentir, como matiza la crítica especializada, que parece estar en relación con la cercana noción de *inteligencia sentiente*, desarrollada en una obra del mismo

¹¹ Fragmento extraído de un manuscrito de María Zambrano titulado “El estoicismo. Filosofía de Crisis”, p. 17. Véase M-20: “Cursos y Conferencias en La Habana”, 1945. Archivo de la Fundación María Zambrano.

título, de 1980, por el filósofo español Xavier Zubiri¹², maestro de Zambrano en el Madrid de la década de los treinta.

La filósofa va construyendo la idea de persona a través de estas dos dimensiones o cualidades ontológicas del vivir humano: la Piedad, sentimiento que es “signo supremo de veracidad, de verdad viva” (Zambrano, 1996: 123), y las ruinas, “lo más viviente de la historia” (Zambrano, 2005: 250), “imagen de nuestra secreta esperanza en un punto de identidad entre nuestra vida personal y la histórica” (*id.* 251). Del mismo modo, gracias al estado extraordinario que la Isla de Cuba ofrece, que ha permitido el hallazgo y la transparencia de la intimidad, se produce la apertura hacia las demás criaturas que conforman la realidad; noción, por tanto, comunitaria e integradora la que tiene lugar en y desde este alumbramiento del conocimiento poético, que es a su vez ético; escape de la herida abierta que es la historia, en el límite ilimitado de la *fysis*:

Y se hace sentir la planta y el animal y aun el aire y los cuerpos celestes. Aparece el parentesco con la naturaleza toda, como si lo que es materia opaca, cárcel obscura, se vivificase de pronto y fuese no más que un conductor de la vida. Pero no es sólo la vida, [...], sino las formas también, la contextura y calidad de la forma vegetal como si se estuviese en un punto de donde nace y brota toda forma, como si de pronto nos hubiésemos incorporado a la naturaleza en estado de nacimiento y sintiésemos el nacer y renacer continuo de toda forma y de toda cosa. Y es intimidad. [...] (Zambrano, 1942)¹³

Noelia Domínguez Romero
Universidad Autónoma de Madrid
noelia.dominguez@uam.es

¹² Como así ha destacado uno de sus más distinguidos estudiosos, el historiador andaluz de la filosofía Juan Fernando Ortega Muñoz en el siguiente artículo publicado en 1982: “La superación del racionalismo en la filosofía de María Zambrano”, en *María Zambrano o la metafísica recuperada*, Málaga: Universidad de Málaga, pp. 53-99.

¹³ Véase el texto original con el rótulo “(Paraíso Perdido). La pesadumbre del cuerpo”. Carpeta M-332: “Carpeta con apuntes de cursos y seminarios” (1942-1947). Archivo de la Fundación María Zambrano.

BIBLIOGRAFÍA

- BUNDGARD, A. (2000): Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano, Madrid: Trotta.
- CÁMARA BETANCOURT, M. (2014): “Sororidades habaneras entre María Zambrano y Lydia Cabrera”, en D. Puñales (ed.), *El Atlántico como frontera. Mediaciones culturales entre Cuba y España*, Madrid: Verbum, pp. 152-165.
- CANOVAR, D. (2007): “El placer de la ruina”, *Exit*, n.º 24, pp. 24-45.
- GARCÍA MORENTE, M. (2010): *La filosofía de Henri Bergson*, Madrid: Encuentro.
- GÓMEZ BLES, M., “Breve historia de la piedad”, *María Zambrano: los años de Roma (1953-1964)* [Congreso Internacional Conmemorativo del centenario del nacimiento de María Zambrano, celebrado los días 15 y 16 de diciembre de 2004 en Roma, F. J. Martín (presentación)] (Instituto Cervantes de Roma, 2005). URL: https://cvc.cervantes.es/literatura/zambrano_roma/default.htm. Consultado en junio de 2019.
- GRANELL, E. F. (1951): *Isla cofre mítico*, Puerto Rico: Editorial Caribe.
- HUYSEN, A. (2011): *Modernismo después de la modernidad*, Barcelona: Gedisa.
- LEZAMA LIMA, J. (1945): “Después de lo raro, la extrañeza”, *Orígenes*, n.º 6, pp. 51-55.
- LEZAMA LIMA, J. (1971): *Las eras imaginarias*, Madrid: Fundamentos.
- LLEVADOT, L. (2015): “La dificultad de volver: exilio y filosofía en María Zambrano”, *Aurora. Papeles del “Seminario María Zambrano”*, n.º 16, pp. 42-51.
- MALUENDA, I. y ENCABO, E. (2020): “Entrevista a Juhani Pallasmaa”, *El Cultural*, s/p. URL: <https://elcultural.com/juhani-pallasmaa-solo-desde-el-arraigopodemos-ser-creativos>. Consultado en marzo de 2021.
- MARQUINA, R. (1951): “María Zambrano”, *Información*, 10 de mayo, p. 12.
- MORENO SANZ, J. (2013): “Presentación a *España, sueño y verdad*”, en J. Moreno Sanz (ed.), *María Zambrano. Obras completas. III (Libros 1955-1973)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 613-676.
- PERMUY LEIVA, M. (2010): *La cosmovisión de María Zambrano desde un enfoque filosófico integrador y cultural*, Madrid: Verbum.
- SERRA, A. (2016): “La extraña familia: intelectuales españoles exiliados en Cuba (1936-1943)”, en D. Puñales (ed.), *El Atlántico como frontera. Mediaciones culturales entre Cuba y España*, Madrid: Verbum, pp. 49-68.
- VITIER, C. (1961): *Poética*, La Habana: Imprenta Nacional.
- ZAMBRANO, M. (1968): “La religión poética de Unamuno”, *La Torre*, año IX, n.º 35-36, pp. 213-237.
- ZAMBRANO, M. (1996): *La Cuba secreta y otros ensayos*, Madrid: Endymion.
- ZAMBRANO, M. (1998): *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid: Trotta.
- ZAMBRANO, M. (2000): *La agonía de Europa*, Madrid: Trotta.
- ZAMBRANO, M. (2005): *El hombre y lo divino*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

ZAMBRANO, M. (2008): *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid: Alianza Editorial.

ZAMBRANO, M. (2011): *Delirio y destino. Los veinte años de una española*, Madrid: Horas y Horas.

ZAMBRANO, M. (2013): *España, sueño y verdad*, en J. Moreno Sanz (ed.), *María Zambrano. Obras completas. III (Libros 1955-1973)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 677-825.

ZAMBRANO, M. (2014): *El exilio como patria*, Barcelona: Anthropos.

Cartas de María Zambrano

Carta de María Zambrano para su madre y hermana, desde La Habana, del 7 de febrero de 1946. Serie “Correspondencia 1946”. Archivo de la Fundación María Zambrano.

Carta de María Zambrano para Rafael Dieste, desde París, del 28 de septiembre de 1947. Véase: *Revista Gallega de Literatura*, Universidad de Santiago de Compostela, n.º 6, noviembre de 1991, p. 120.

Carta de María Zambrano para su amiga cubana Josefina Tarafa, escrita en París el 12 de marzo de 1951. Serie “Correspondencia 1951”. Archivo de la Fundación María Zambrano.

Manuscritos de María Zambrano

M-20: “Cursos y Conferencias en La Habana”. 1945. Archivo de la Fundación María Zambrano.

M-315: “Programas”. 1948. Archivo de la Fundación María Zambrano.

M-332. “Carpeta con apuntes de cursos y seminarios”. 1942-1947. Archivo de la Fundación María Zambrano.